Fin de la transición política

La reforma pactada

1. El ascenso de las luchas obreras y populares contra la dictadura obligó al gran capital a modificar su régimen de dominación y optar por un régimen parlamentario.

Toda la estrategia de la Reforma Política se basó en **evitar el desmantelamiento en caliente del aparato estatal heredado del franquismo**. El gran capital acordaba respetar el peso de ese aparato estatal franquista y este aceptaba, en principio la, supeditación al ejercicio de la dominación política por medios parlamentarios; el papel arbitral del Rey contribuyó a poner en marcha este proceso. Para la fracción dominante de la burguesía, esto creaba un problema: la dificultad de un control sobre ese aparato. Pero significaba, también una ventaja: que si el movimiento de masas no hacía entrar en crisis la Reforma, la existencia de ese aparato estatal franquista constituiría una enorme garantía para poner en pie un Régimen parlamentario cuya Constitución, Leyes e Instituciones supondrían un formidable obstáculo para cualquier avance futuro de la izquierda y del movimiento de masas.

Pero la burguesía y sus partidos más representativos, fundamentalmente UCD, carecían de la relación de fuerzas suficiente para imponer directamente al movimiento de masas la Reforma. Por eso trataron de establecer un amplio consenso entre todas sus fracciones y, sobre todo, **una red de pactos con el PSOE y el PCE que garantizara el proceso de la Reforma**.

La aceptación por parte del PSOE y del PCE, de esta red de pactos (cuyas puntas más claras han sido los Pactos de la Moncloa, el consenso constitucional y

los pre—autonómicos) permitió a la burguesía superar la aguda crisis abierta con el fin del franquismo y, sobre esa base, imponer la Reforma Política y un Plan de Austeridad. La desorganización y la pérdida de combatividad del movimiento de masas, la masiva desafiliación de las organizaciones sindicales, ha sido la consecuencia de la política colaboracionista con la derecha, mantenida por el PSOE y el PCE.

En lo fundamental, al cabo de tres años, la Reforma ha terminado y ello exige establecer las siguientes conclusiones:

— La burguesía, a través de sus propios partidos, ha pasado a tomar en sus manos la dirección política del país, superando el enorme obstáculo que en este sentido le suponía la dictadura en el último periodo. Pero además, la existencia de instituciones parlamentarias y del sufragio universal conceden al gobierno de la derecha una cierta legitimidad como resultado de la supuesta voluntad popular expresada en las urnas. Por otra parte, los partidos obreros que ayer vehiculizaban la voluntad clara o difusa de cambio de los trabajadores, el PSOE y el PCE, tiran constantemente de aquellos hacia la aceptación tanto del régimen parlamentario en general, como del régimen parlamentario concreto y específico generado por la Reforma Política.

— La legalización de los sindicatos y de la mayoría de los partidos, la conquista de las libertades democráticas, son el resultado más positivo de cuarenta años de resistencia y lucha obrera y popular contra el franquismo. Pero el mismo proceso sobre el que se ha conducido la transición, ha hecho que, aun hoy, determinados partidos, sobre todo nacionalistas revolucionarios, sigan siendo ilegales, que importantes derechos democráticos se vean negados o recortados y —lo que constituye el hecho fundamental— que una parte importante del aparato de Estado (FAS, FOP, Aparato Judicial y Administración) del franquismo se mantenga en lo fundamental. Para el movimiento obrero y popular la permanencia de esta herencia dictatorial constituye una amenaza y un grave obstáculo para avanzar en la conquista de las libertades y en el camino hacia el socialismo. Su continuidad es rechazada en la consciencia de la inmensa mayoría de los trabajadores; pero la claudicación del PSOE y del PCE ante el Régimen de la Reforma bloquea el camino que les podría permitir enfrentarlo abiertamente.

La burguesía ha conseguido, pues, avances muy importantes, económicos y políticos, respecto a su punto de partida; pero no ha resuelto los problemas de fondo de la crisis económica, ni los generados por la crisis del modelo centralista de Estado. **La capacidad de iniciativa de que dispone hoy depende fundamentalmente de la división y desorientación del movimiento de masas.**

En el próximo periodo, los ataques de la burguesía al movimiento de masas van a ser más duros aún que en el pasado, tanto por razones de la crisis internacional del imperialismo, como por la situación de la burguesía en el Estado español. El PSOE y el PCE han demostrado y van a seguir demostrando, su incapacidad no ya sólo para avanzar la lucha de masas hacia el socialismo, sino incluso para responder de forma eficaz a los problemas actuales de la clase obrera. En esta situación, la necesidad de un Partido Obrero Revolucionario es más fuerte si cabe; pero las condiciones de construcción del mismo y el plan de acción política que pueda hacerlo deben situarse como objetivos a medio plazo. Ese plan a medio plazo para construir un partido revolucionario constituye el objetivo fundamental de este VI Congreso de la L.C.R.

La situación internacional

2. A escala internacional estamos asistiendo a una profundización de la crisis, paralela y combinada, del imperialismo y del estalinismo.

a) El imperialismo, a nivel económico, no ha conseguido remontar la recesión mundial, la cual seguirá presente durante el próximo periodo y extendiéndose de forma generalizada al conjunto de países imperialistas. Todo ello va a significar una agresión a las condiciones de vida de las masas trabajadoras muy importante, combinada con una política de recortes muy notables de todo tipo de prestaciones públicas, y acelerando todos los planes de reestructuración de la economía capitalista. Esta política económica agresiva del imperialismo se va a centrar, en función de la situación política mundial fundamentalmente en las propias metrópolis capitalistas.

b) A nivel político, nos encontramos con dos líneas diferenciadas de resultados de la política imperialista durante los últimos años. Por un lado, el imperialismo ha sufrido serios reveses fuera del marco europeo que han significado un agravamiento de su crisis y un empeoramiento importante de su posición en la correlación de fuerzas a nivel mundial. Los triunfos revolucionarios en Vietnam, Nicaragua e Irán tienen una importancia básica dentro de la estrategia mundial, y representan una pérdida de influencia política muy importante del imperialismo en zonas de vital importancia para sus intereses políticos y económicos.

Es en función de todo ello, que la política imperialista se ve obligada a pasar a la ofensiva en Centroamérica y Oriente Medio, aunque tenga serias dificultades para realizarla, en virtud de la amplitud y profundidad de las derrotas

cosechadas.

Por otro lado, podemos observar cómo en las metrópolis capitalistas, el imperialismo amortigua su crisis económica y política, a la vez que prepara y lleva a cabo una ofensiva decidida contra la clase obrera europea, apoyándose en el margen de maniobra conseguido por las derrotas parciales o estabilizaciones de diversos movimientos revolucionarios en el continente como son los casos del giro a la derecha de la revolución portuguesa, la estabilización de procesos ascendentes tras la caída de las dictaduras española y griega y el triunfo de la derecha en las últimas elecciones francesas e inglesas.

c) En lo que hace referencia a la crisis de los estados obreros burocratizados, debemos constatar, que los acontecimientos de Polonia marcan un salto cualitativo en esa crisis, significan un grado de conciencia y organización muy superiores a los observados en ocasiones anteriores, y permiten avanzar en una perspectiva de generalización a otros países, fundamentalmente Checoslovaquia y Alemania Oriental.

La experiencia polaca supone un aumento de la inestabilidad política y social en el conjunto de los Países del Este y de la propia URSS, y va a significar un aumento ostensible de las contradicciones en la política de la burocracia soviética. Tanto por la incidencia como por el desenlace de los acontecimientos, la burocracia soviética difilmente puede a corto plazo, llevar una ofensiva contra las conquistas de los trabajadores polacos, ni contra sus posibles manifestaciones en otros países del Este. Su actuación política se va a centrar en intentar limitar los efectos de la experiencia polaca) en intentar desgastar al propio movimiento que se ha generado en aquel país.

d) En relación a la burocracia china, en la actualidad, se ha replegado sobre sus fronteras, centrando sus esfuerzos en consolidar a la fracción de la burocracia hoy en el poder, y buscando una cohesión interna tras los descalabros sufridos por su desastrosa política internacional.

e) Es esta crisis conjunta del imperialismo y del estalinismo la que obliga a rechazar tanto la pretendida teoría de los dos mundos como la de una neutralidad entre los bloques de USA y URSS. Una respuesta obrera internacionalista debe partir del rechazo de esas tesis, vehiculizadas en el primer caso por corrientes "pro-soviéticas" y en el otro por los eurocomunistas. Es preciso una estrategia revolucionaria capaz de definir las tareas del proletariado tanto en los países imperialistas como en los llamados socialistas, así como también en los semicoloniales y coloniales, sobre la base de la plena independencia política de la clase obrera y, por lo tanto, del rechazo a su subordinación respecto a los intereses de las burocracias obreras del Este, o, lo que es más grave, a los de las burguesías nacionales europeas.

Es esa necesidad de una estrategia revolucionaria internacionalista la que justifica el combate de la Cuarta Internacional por la construcción de una organización capaz de cubrir esa tarea, aglutinando y fusionándose con las vanguardias revolucionarias que se desarrollen a escala mundial.

f) **El Estado español** empieza a jugar un papel destacado, aunque subordinado, dentro de la estrategia imperialista en el próximo periodo, particularmente en relación al Norte de Africa y al Mediterráneo. El mantenimiento de las bases americanas, el anuncio de la entrada en la OTAN, su negativa a reconocer a la RASD, **lautilización de Canarias como plataforma de**

intimidación y agresión de los pueblos del Norte de Africa, son los ejemplos más claros de ese alineamiento dentro de la política USA.

Los revolucionarios en el Estado español deberán situar en el primer plano de sus tareas el combate contra la propia burguesía imperialista y la participación activa en una campaña unitaria y de masas contra la entrada en la OTAN por el desmantelamiento de las bases USA, y contra su construcción en Canarias.

La situación en el Estado español

3. LA CRISIS ECONÓMICA

a) La naturaleza de la crisis económica del capitalismo español.

La crisis económica del capitalismo español hay que situarla en el contexto de la larga fase de estancamiento y crisis en la que entro la economía imperialista en los primeros años de la década de los setenta, a lo largo de la cual las depresiones serán cada vez más profundas y las recuperaciones más efímeras y contradictorias. En este marco, **la crisis económica del capitalismo español no puede ser resuelta por la burguesía mientras no lo haya sido a nivel del imperialismo en su conjunto, que aún se encuentra muy lejos de hacerlo.**

Para el capitalismo español —que se incorporó tarde a la expansión general imperialista como consecuencia de la autarquía que mantuvo hasta 1959 y lo hizo con una industria escasamente competitiva— la crisis económica es más grave porque a su productividad y, consiguientemente, su nivel de competitividad es menor que el de sus competidores (en 1963 la productividad española era el 40% de la del Mercado Común, y en 1973 el desfase sólo se había reducido en un 5%). De esta forma, **sí todos los países imperialistas necesitan reestructurar sus sistemas productivos, esta necesidad es mucho más apremiante para el capitalismo español, lo que representa reestructuraciones más intensas que las de sus competidores y un aumento del paro considerablemente más elevado que el de aquellos, puesto que al mismo tiempo debe mejorar su nivel de competitividad.**

Durante la transición política, la burguesía ha avanzado apreciablemente en la resolución de la crisis: ha reducido el desfase de productividad tanto como lo hiciera antes de una década, ha doblado el crecimiento de los salarios haciendo

que pierdan poder adquisitivo, ha descargado la crisis sobre los trabajadores por la vía de reducciones de plantillas y aumento del paro, su posición internacional ha mejorado, reflejándose en importantes aumentos de las reservas de divisas y ha logrado romper la resistencia unitaria del movimiento obrero a sus planes. **Pero todo ello ha sido insuficiente para producir un cambio cualitativo en su crisis: la productividad sigue sin superar el 50% de la del Mercado Común, la mayor parte del sistema productivo, y en especial los grandes bastiones del movimiento obrero, siguen sin reestructurar, la inflación sigue a niveles muy altos y las presiones reivindicativas pueden reaparecer, nuevamente se pierden divisas y la recesión de la economía imperialista 1980—1981 la está afectando gravemente. Si la burguesía ha avanzado y ha roto la resistencia unitaria del movimiento a sus planes, no es menos cierto que la crisis económica sigue siendo muy grave y su resolución muy lejana.**

b) Los planes de la burguesía y las contradicciones interburguesas.

La política de la burguesía para salir de la crisis ha estado basada en la austeridad pactada, expresa o tácitamente, con las burocracias del PSOE y PCE, CC.OO. y UGT, que mantienen una línea de coestión de la crisis. Después de los éxitos obtenidos con esta política (Pacto de la Moncloa, AMI), **la burguesía necesita reducir su dependencia energética respecto del petróleo, reestructurar el aparato productivo y eliminar el exceso de capital sin utilizar, producto de la crisis de sobreproducción. Para llevar a cabo todo ello (PEN, reestructuraciones, etc) la burguesía necesita capital, que ha de obtener de una mayor explotación de los trabajadores a través de aumentar los beneficios de los capitalistas a costa de los salarios, de reducir los gastos del Estado dedicados a satisfacer las necesidades de las masas, de transferir al capital privado los fondos que ahora se dedican a subvencionar empresas públicas y de mantener una política monetaria y crediticia restrictiva que, al tiempo que evite que la inflación se dispare de nuevo, contribuya a la desaparición de los capitalistas menos competitivos.**

Pero los ritmos con los que imponer tal política, así como sus consecuencias inmediatas, provocan **fuertes tensiones entre la propia burguesía, cuyas diferentes fracciones sólo están de acuerdo en lo que se refiere a una mayor explotación del proletariado.**

El capital financiero ligado a las multinacionales e interesado directamente en las centrales nucleares y la entrada en el Mercado Común, reclama una reestructuración a ultranza como medio de aumentar rápidamente la competitividad, liberar fondos para financiar las centrales nucleares y la misma reestructuración, hacer caer a los capitalistas menos competitivos, etc. Pero para una fracción importante del capital industrial esta política es suicida, pues implica su desaparición, por lo que reclama permanentemente una política reactivadora, el mantenimiento de las subvenciones y la protección a los sectores en crisis, mayores facilidades de crédito, etc. De esta forma, la política que reclama la AEB (controlada por el gran capital financiero) es muy diferente de la que propugna la CEOE, que se corresponde más con los intereses del capital industrial no ligado a la banca o las multinacionales.

Estas tensiones son patentes también con las burguesías nacionales representadas por PNV y CiU, derivadas de la mayor necesidad de centralización del capital en momentos de crisis económica, del hecho de que sea Euskadi uno de los puntos donde las reestructuraciones han de realizarse más intensamente, de las peticiones

por parte de aquellas de mayores fondos en un momento en que se trata de reducir el déficit del presupuesto del Estado y de las presiones de masas que ambos, pero sobre todo el PNV, sufren.

Todo ello hace que la crisis económica sea un determinante de primer orden de la crisis de dirección política de la burguesía, ya que las diferentes fracciones de ésta reclaman políticas muy diferentes para salir de ella.

c) Las tendencias de la crisis.

En la medida en que los planes del Gobierno pretendan contentar a todas las fracciones de la burguesía, no resolverán nada fundamental para ella. **La política económica seguirá siendo titubeante dentro de la austeridad y estará a merced de las presiones que en cada momento ejerzan unas u otras de las fracciones de la clase dominante. Sólo será firme en lo que se refiere al ataque a los trabajadores.** La necesidad de una política clara y decidida de austeridad continuará presente, pero las dificultades de imponerla a cada grupo de capitalistas individuales hará que **la crisis de dirección política de la burguesía pueda reaparecer frecuentemente.**

La economía imperialista y en su contexto la española, irán saliendo paulatinamente de la recesión conforme avance 1981, pero siempre dentro del periodo de estancamiento iniciado a principios de la década de los setenta. Esto significa que el proceso de desaparición de empresas continuará y que **el aumento del paro vendrá determinado fundamentalmente por los trabajadores de empresas medianas y pequeñas, en las que los expedientes de regulación de empleo y plantilla se acelerarán aún más.** Un segundo factor para el aumento del paro serán los jóvenes, si bien no serán tan importantes los nuevos que llegan a la edad laboral, que en el futuro se reducirán respecto al pasado reciente, como los que ya llevan un periodo grande de tiempo sin encontrar empleo. Esto es, **el paro joven será más importante de los 20 a los 25 años que de los 15 a los 20.** Por último, comenzarán a adquirir importancia los parados provenientes de los grandes bastiones del movimiento obrero, si bien, en estos, **la dinámica será más de regulación de empleo y expedientes de crisis, como lo ha sido hasta ahora, que de regulación de plantilla y reconversiones profundas,** aunque no haya que destacar alguna agresión de la burguesía en este terreno, cuyo mantenimiento dependerá de la correlación de fuerzas y la resistencia que aparezca. Por último, si todo continúa como hasta ahora, la situación de los trabajadores empeorará aún más no sólo por la pérdida de puestos de trabajo, sino también por la pérdida del poder adquisitivo de los salarios y la reducción de los gastos del Estado dedicados a satisfacer las necesidades sociales.

La política reformista ante la crisis que tratan de poner en práctica las direcciones del PSOE y del PCE, de CC.OO. y UGT, ni siquiera sirve para defender los intereses de sector empleado de la clase obrera y colabora directamente en el incremento del paro. Su resultado práctico es en realidad el de un debilitamiento progresivo de la capacidad de resistencia y unidad de los trabajadores, facilitando así agresiones más graves por parte del gobierno y la patronal. Frente a su política de coestión de la crisis, nosotros oponemos una salida obrera, que debe combinar la organización de la resistencia hoy, fundamentalmente en lo que se refiere al paro, con una educación sistemática de masas respecto a que esta crisis sólo puede ser remontada de forma favorable a los trabajadores con un plan obrero, defensivo pero profundamente

anticapitalista en la medida en que combata las necesidades de la burguesía respecto salarios, reestructuraciones, gastos del Estado, etc., y realice las reformas necesarias para que la crisis la pague el capital.

4. EL REGIMEN DE LA REFORMA

La forma de dominación política que se ha ido configurando a lo largo de estos tres años ha dado lugar a un régimen con características específicas. Es semejante a los existentes en los otros países occidentales puesto que se trata de un Estado burgués basado en una democracia parlamentaria. Pero su especificidad se deriva del hecho de que se haya mantenido una parte esencial del aparato coercitivo, judicial y administrativo heredado del franquismo.

A partir de ello, este sector ejerce un papel permanente de presión en toda la situación política, incluido en las decisiones del Gobierno. Es sobre la base de esta política de presión como se materializa una realidad permanente de acuerdos y compromisos entre el aparato de Estado heredado del franquismo y el gobierno surgido del Parlamento, aunque la aplicación definitiva de esos compromisos se lleve finalmente a través de los mecanismos parlamentarios.

Esta característica particular del régimen explica también el peso de sectores que pretenden una transformación del mismo en otro en que la presidencia del gobierno este sujeta exclusivamente a la designación real por encima de la relación de fuerzas parlamentarias y en el que el conjunto del gobierno detente su poder dependiendo no del Parlamento sino de la Monarquía y del aparato del Estado; y explica las dificultades que tiene el actual gobierno de derechas para lograr un creciente control sobre esas partes esenciales del aparato de Estado.

El papel que puedan jugar la Constitución y el Rey debe ser analizado en ese contexto. La Constitución ha sido fiel reflejo de un proceso de transición realizado bajo el signo de la mera Reforma de la dictadura y sobre el compromiso de la izquierda con ese proceso. Esta Constitución no sólo recorta derechos y libertades, incluso formalmente reconocidos en casi todas las Constituciones capitalistas occidentales, sino que además impide legalmente la soberanía de las nacionalidades, el desmantelamiento del aparato de Estado heredado del franquismo y por supuesto cualquier ataque en profundidad contra la propiedad capitalista. Finalmente la reforma de esta Constitución es irrealizable si no es a través del consenso con las fuerzas burguesas (es necesario 3/5 de los votos para cualquier reforma), y en consecuencia aceptando sus condiciones.

El Rey ha sido una pieza clave de este proceso desde antes aún del referéndum sobre la reforma política de diciembre de 1976. Es apoyándose en su función arbitral como la burguesía ha logrado que el papel político del aparato de Estado sea compatible con la instauración de un régimen parlamentario. Por eso mismo, el Rey, pese a no jugar ahora un papel activo directamente, podría asumir una función fundamental, tanto ante la agravación de los conflictos entre fracciones burguesas o de éstas con el aparato estatal, como entre todas ellas y la izquierda reformista. La Unidad del Estado y la Jefatura de las Fuerzas Militares son los poderes fundamentalmente otorgados constitucionalmente a la monarquía, lo que constituye una carta de seguridad para la burguesía ante la aparición de conflictos políticos graves a la puesta en cuestión del Régimen. Por eso también, el respeto a la Monarquía es una garantía última del respeto al régimen.

El aparato de Estado heredado de la dictadura es presentado constantemente por los partidos obreros reformistas como un obstáculo insalvable para la materialización de las aspiraciones de las masas y en consecuencia, como el hecho que determina la necesidad de una política de permanentes concesiones a la derecha. La insistencia, particularmente del PCE, sobre este tema ha supuesto un importante elemento de desmoralización para el movimiento, añadido **al que significaba ya la pervivencia de ese aparato de Estado** y la negativa de los partidos obreros mayoritarios a afrontarlo durante el período de transición. Hoy, esos partidos mantienen una posición de reformas "parciales y progresivas" para modificar esta situación y como vía para acabar con el potencial reaccionario del aparato estatal.

En el próximo período asistiremos sin duda a multitud de **batallas parciales** enfrentadas al Régimen, a las fuerzas coercitivas, judiciales y administrativas heredadas del franquismo, a la Constitución, etc. Los revolucionarios no desestiman ninguna de estas batallas parciales, de reformas concretas enfrentadas a todos esos aspectos; al contrario, consideramos que buena parte de la recomposición de la combatividad y la unidad del movimiento de masas ha de realizarse sobre luchas parciales. Pero **al mismo tiempo que responden en concreto a cada una de estas batallas parciales, los revolucionarios tratan de educar políticamente al movimiento en que la solución al problema de la herencia estatal del franquismo y la solución al problema nacional es incompatible con una vía de transformación gradual del Régimen de la Reforma.**

Los revolucionarios deben defender con claridad que esa vía de "reformas graduales" se ha demostrado y de mostrará incapaz de llegar hasta el final en el desmantelamiento del aparato heredado de la dictadura. En consecuencia, el avance del movimiento en sus conquistas sociales y políticas y hacia el socialismo exigirá la confrontación con el Régimen de la Reforma política y hará utópico todo intento de coexistencia con el mismo por parte de un gobierno de izquierdas que pretende favorecer la defensa de los intereses de los trabajadores y las nacionalidades oprimidas.

5. LA CRISIS DEL CENTRALISMO

La crisis del Estado centralista español, lejos de disminuir, no ha hecho más que profundizarse a lo largo de los últimos tres años.

Se ha reforzado el problema nacional en lugares donde tradicionalmente había existido (Euskadi, Catalunya y Galicia). Han aparecido movimientos y reivindicaciones donde sólo tenían una presencia relativa (Canarias, P. Valencia, Les Illes). Se ha abierto en Andalucía una situación en la que para un sector creciente del movimiento de masas el hecho de ser reconocido y tratado como nacionalidad constituye una expresión sintetizadora de sus aspiraciones políticas y sociales, pese a que no existe un movimiento independentista ni la exigencia de autodeterminación nacional tenga peso alguno de momento. Se han acentuado en todo el resto del Estado problemas regionales con una carga de aspiraciones sociales y políticas muy importantes en muchos casos.

El Régimen de la reforma constituye un elemento de enfrentamiento permanente con las aspiraciones nacionales y regionales. Por encima de los procesos coyunturales, de radicalización o integración momentánea de esas

reivindicaciones, la cuestión nacional y a otro nivel a la autonomía regional van a persistir como un tema de contradicciones, tensiones y crisis a largo plazo. La burguesía no puede crear un marco integrador más o menos estable de esas contradicciones manteniendo al mismo tiempo el tipo de régimen surgido de la Reforma Política. Es este el marco que genera también el carácter conflictivo a largo plazo, tanto de los marcos estatutarios vigentes como, incluso, de los pactos de la burguesía centralista con el PNV y CiU.

5.1 En Euskadi y Catalunya el proceso desde los pre—autonómicos hasta la actual institucionalización parlamentaria, se ha saldado con resultados complejos y contradictorios para el movimiento de masas, para las distintas fracciones burguesas y para el partido del Gobierno. Para UCD y la burguesía centralista los pre—autonómicos perseguían debilitar las aspiraciones nacionales de los pueblos catalán y vasco y a partir de ello establecer unos techos de autonomía enormemente reducidos. La vía para la imposición de los pre—autonómicos se asentaba en un pacto consensuado con el PSOE para que operara a escala de todo el Estado (aunque en Catalunya la política de “unidad nacional” entre PSC—CDC—PSUC permitió una ampliación en los acuerdos). Mediante ese pacto con el PSOE, UCD intentaba, también, debilitar la autonomía de los partidos burgueses nacionalistas —principalmente el PNV— frente a la burguesía centralista. Efectivamente el proceso de los pre—autonómicos y la política de consenso practicada durante ellos por el PSOE y el PCE provocaron una honda brecha en la unidad de la clase obrera y en su convergencia con otras capas populares; el resultado ha sido que la división, la desorientación y la desmoralización de la clase obrera se ha profundizado en nacionalidades históricas. Pero ello se ha traducido en un crecimiento de la influencia centrista; la división ha ido unida a un mayor rechazo de la política centralista de los pre—autonómicos y a un fortalecimiento de las opciones nacionalistas. Las tensiones interburguesas se han acentuado y la UCD se ha visto obligada a responder a la crisis de dirección política provocada por este proceso, con la búsqueda de alianzas con la burguesía nacionalista y con la concesión de techos autonómicos por encima de los previstos en sus planes iniciales: los actuales Estatutos de Autonomía.

Los partidos nacionalistas burgueses, PNV y CiU, han sido los principales beneficiarios de este proceso. Precisamente por ello, el fracaso de la política de UCD respecto a las nacionalidades no se ha saldado con una ruptura de los sectores mayoritarios de las masas vascas y catalanas con el Régimen de la Reforma; los Estatutos constituyen una vía de afirmación de la Reforma y del marco constitucional, incluso en Euskadi donde la Constitución fue mayoritariamente rechazada. En realidad, la mayoría de los pueblos vasco y catalán están haciendo hoy la experiencia de los Estatutos como instrumentos que consideran útiles para obtener conquistas en sus aspiraciones nacionales. A medio plazo es en torno a esa experiencia cómo se va a expresar la voluntad y las aspiraciones nacionales de los sectores mayoritarios de ambos pueblos; pero ello significa, también, que lejos de debilitarse o “integrarse”, la conciencia nacional tiende a fortalecerse; que la tendencia a largo plazo no es a la estabilización de los actuales marcos autonómicos, sino a una presión activa desde ellos por las reivindicaciones nacionales, tendencia que no podrá sino chocar con los límites del Régimen actual, con los techos constitucionales y autonómicos, y finalmente,

también con los límites a esas aspiraciones por parte de los propios partidos nacionalistas burgueses.

5.2. El fracaso de los proyectos del Gobierno y la voluntad pactista con él de los principales partidos obreros, se ha visto también en el caso de **Galicia**. UCD no podía aceptar el reto inmenso que suponía la posibilidad de un nuevo fracaso, tras los resultados electorales de Euskadi y Catalunya y el 28 de Febrero de Andalucía. Sus intentos iniciales de imponer un Estatuto caciquil, que ni siquiera contaba con el apoyo del PSOE y tenía la oposición confirmada del PCE, dieron paso a una renegociación con estas fuerzas para llegar a un proyecto estatutario consensuado. Ello implicaba un mayor grado de concesiones autonómicas aun manteniendo los mismos o mayores recortes a la soberanía nacional de Galicia de los que estaban fijados para Euskadi y Catalunya. Aún así, aun con el apoyo final de los partidos obreros reformistas y de sectores "galleguistas", el proyecto no ha logrado en absoluto integrar, ni ganar la credibilidad de la mayoría de la población. El 70% de abstenciones que se produjo en el Referendum debe interpretarse en buena parte como resultado de esa falta de credibilidad.

5.3. Canarias constituye una nacionalidad donde el entrecruce de contradicciones pueden radicalizar la situación. Esas contradicciones se han expresado y siguen haciendolo en un amplio abanico de manifestaciones que van desde el surgimiento de corrientes nacionalistas y enfrentamientos en el seno de UCD. Pero, además, la influencia de los procesos del norte de Africa y, sobre todo, del Sahara, así como el papel de porta-aviones militar que el imperialismo, la OTAN y la burguesía española quieren hacer del archipiélago, constituyen elementos políticos que tienden a influir y acentuar el enfrentamiento popular con el centralismo.

5.4. El avance del movimiento nacional en el **País Valenciá** se ha visto seriamente obstaculizado por la actitud de la burguesía —agrupada mayoritariamente en torno a UCD— que ha combinado la política de pactos con PSOE y PCE (o la búsqueda de los mismos) con la creación de un movimiento regionalista reaccionario, enfrentado tanto a las reivindicaciones nacionales de lucha contra la opresión cultural, lingüística y política, como a los partidos obreros reformistas. El resultado de esta orientación ha sido doble: por un lado, una pérdida de protagonismo del proletariado y el desplazamiento de un sector amplio de la pequeña burguesía hacia la alternativa regionalista; de otro, el surgimiento de una corriente de masas minoritaria en ruptura con las direcciones reformistas y sin una delimitación política acabada.

El objetivo de la burguesía es crear un marco autonómico pactado con los partidos obreros reformistas, como forma de avanzar más aun las posiciones que ha conquistado y de atajar los procesos de extensión de la radicalización anticentralista que, en los últimos meses, empiezan a ganar terreno. Sea cual sea la forma que le dé a ese marco autonómico pactado, va a tener grandes dificultads para integrar al movimiento en sus estrechos límites.

5.5 En **Les Illes**, si bien la debilidad social de la clase obrera y de las mismas organizaciones obreras y populares, hacen más lenta y menos radical el desarrollo de este proceso, la influencia del P. Valenciá y, sobre todo de Catalunya, pueden

suponer un estímulo y una defensa frente a la aceptación del actual marco autonómico.

5.6. La radicalización que se manifiesta en **Andalucía** es producto de una combinación estrecha entre la protesta contra el paro y por la reforma agraria de un lado y, de otro, el rechazo del centralismo. Es esta radicalización combinada la que ha provocado el fracaso de los intentos gubernamentales de reconducir todos los procesos autonómicos por la vía del artículo 143 de la Constitución y rebajar los techos de autonomías en las demás nacionalidades y regiones. La complejidad de esa radicalización va a seguir constituyendo una fuente de conflictos frente a los intentos consensuados de la izquierda y la derecha de mantener las aspiraciones andaluzas sólo en el marco de una institucionalización parlamentaria de Andalucía, pero sin responder a sus urgentes demandas sociales y a su carácter de nacionalidad.

5.7. La crisis del centralismo tras cuarenta años de ejercicio brutal, las profundas desigualdades sociales y de desarrollo entre unas y otras zonas del Estado y, a otro nivel, los efectos de la agudización de las exigencias en Euskadi y Catalunya, ha tenido efectos de acentuación anticeutralista en las regiones, aunque ésta se haya producido con profundas desigualdades entre unas y otras. En algunos casos, como **Aragón** la conciencia autonómica se ha desarrollado de forma importante y constituye en determinados casos el soporte que entrama exigencias sociales de la población. En otras regiones como **Castilla—León**, la debilidad de la conciencia regional del movimiento de masas ha permitido al Gobierno, con el consenso del PSOE y PCE conducir sin mayores contradicciones el proceso autonómico a través de la "vía lenta" del artículo 143 de la Constitución. El alcance de todo el movimiento autonomista de las regiones, la posibilidad de integración de la burguesía de esos procesos de radicalización dentro del cuadro del Estado de las Autonomías o su conversión en un elemento más de radicalización contra el mismo son difíciles de predecir; entre otras cosas porque la estabilidad de conjunto del Estado de las Autonomías está amenazada por la situación en las nacionalidades.

El proceso desarrollado en las nacionalidades desde el advenimiento de la democracia parlamentaria, y, dentro de ese proceso, la pérdida del protagonismo social del movimiento obrero provocada por la política chovinista del PSOE y PCE, ha permitido la aparición de **corrientes de masas nacionalistas radicales**. Las principales de estas corrientes expresan desde su formación misma un rechazo abierto con la Reforma Política y su materialización estatutaria. Constituyen, por ello, una fuerza decisiva para desarrollar la lucha contra el centralismo y la oposición a los techos antidemocráticos de la Constitución y los Estatutos, fuerza cuyo potencial puede verse desgastado por el erróneo antiparlamentarismo de estas corrientes y por su negativa a hacer pesar una alternativa de solución democrática radical a la cuestión nacional en los procesos y experiencias que la mayoría de la población de las nacionalidades está hoy realizando.

5.8. Todos estos problemas exigen a los revolucionarios establecer una serie de conclusiones claras:

a) Los problemas nacionales y regionales van a continuar siendo durante todo el

próximo período un elemento de tensión y crisis política para la burguesía y pueden jugar, por tanto, un papel importante para la recomposición del movimiento de masas.

La tarea de los revolucionarios consiste tanto en apoyarse en su capacidad para recomponer la unidad y combatividad del movimiento de masas en cada nacionalidad, de orientar en ellas una actividad tendente a favorecer la hegemonía del movimiento obrero en la lucha contra la opresión nacional, como de promover la convergencia de todos los procesos de radicalización en las nacionalidades hacia una lucha unitaria de todos los pueblos contra el centralismo y la burguesía. Ello requiere de los revolucionarios una línea de trabajo combinada pero específica en cada nacionalidad o región y a escala estatal. De un lado, desarrollar centralmente la propaganda, agitación y organización en favor de los derechos de las nacionalidades y regiones, combatiendo el chovinismo centralista en las filas del movimiento obrero. De otro lado, favorecer en todo momento la convergencia en la resistencia y la lucha entre las diferentes nacionalidades y regiones.

b) Favorecer esa perspectiva, exige combatir dos errores extremos presentes hoy en sectores radicales y activos de las nacionalidades. Por un parte, combatir las tesis izquierdistas y aislacionistas de que "todo sigue igual" y que hacen que un sector importante del movimiento de masas se inhiba de la experiencia institucional y parlamentaria en curso en las nacionalidades. Por otra parte, combatir las tesis de apoyo a los actuales marcos estatutarios argumentadas —como lo hace, por ejemplo, Euskadiko Ezkerra— diciendo que el desarrollo estatutario "integra" las contradicciones nacionales y permite mejor la aparición de las contradicciones de clase; esas tesis dejan en manos de la burguesía nacionalista la bandera de la reivindicación nacional, impiden la conquista de la hegemonía social de la clase obrera en las nacionalidades y desarmen completamente al movimiento de masas y a su vanguardia para ponerse al frente de los desbordamientos y rupturas que la propia experiencia vaya a abrir en los marcos estatutarios actuales.

c) En Euskadi, la política chovinista del PSOE y el PCE ha provocado una pérdida de peso del movimiento obrero en la lucha contra la opresión nacional y una ruptura de la alianza y la confluencia de este con la pequeña burguesía; por ello es imposible que pueda restablecerse esa alianza en el futuro bajo la dirección reformista del movimiento obrero. Batallar por la hegemonía social del movimiento obrero requiere, por tanto, una lucha firme contra el chovinismo unida a una respuesta radical al problema nacional y requiere llevar esta línea al interior de la clase trabajadora tratando de ganarse el apoyo de esta para una alternativa obrera revolucionaria.

d) En todo caso, Euskadi y Andalucía, principalmente, cada una debido a sus propias particularidades, están convirtiéndose en focos de tensión permanente que sin duda van a generar conflictos sociales y enfrentamientos con el Estado central de alcance político importante. El peligro de aislamiento de los mismos, así como de los que puedan producirse en otras nacionalidades y regiones, debe ser combatido por los revolucionarios obrando con todas sus fuerzas por extender esos combates a escala de todo el Estado y defendiendo la solidaridad

entre los pueblos frente al chovinismo centralista dominante.

6. LA CRISIS DE DIRECCIÓN POLÍTICA BURGUESA

El paso de la dictadura franquista al régimen parlamentario, permitió al gran capital superar la crisis del modelo de dominación política del período anterior. Pero —y ello a pesar del retroceso sufrido por el movimiento obrero— la burguesía siguen enfrentada a una importante crisis de dirección política en el nuevo régimen.

Este hecho es mucho más profundo que el de una mera crisis de equipos. Es el resultado de la incidencia de tres elementos de la situación a la que las diversas fracciones de la burguesía, sus diversos partidos e incluso diversos sectores dentro del partido mayoritario, UCD, pretenden dar soluciones diferentes.

El primero de estos factores es el peso del aparato estatal heredado del franquismo, su posición y sus presiones frente a las exigencias de los diversos sectores y partidos burgueses, fundamentalmente de los partidos hegemónicos en Euskadi y Catalunya. El segundo factor es la debilidad estructural de la burguesía para hacer compatibles la necesidad de centralización de sus decisiones, con la resolución de la cuestión nacional. El tercero, que actúa además como telón de fondo, es la crisis económica, con las contradicciones interburguesas que genera y los diferentes puntos de vista tácticos en todos los terrenos: entre los sectores de la industria punta y los de los sectores atrasados, en relación con las fracciones periféricas de la burguesía, en el papel que se quiere dar a la negociación con las burocracias sindicales y el distinto trato al PSOE y al PCE...

En perspectiva, esta situación revela la incapacidad de la burguesía para dotarse, en el actual período histórico, de un sistema de dirección política estable y con mecanismos eficaces de control e integración de los conflictos que se van desarrollando en la sociedad.

Es este entramado de contradicciones (refrendadas ya en parte en las elecciones parlamentarias de Euskadi y Catalunya) el que obliga actualmente a UCD a redefinir su política de alianzas y su orientación táctica, especialmente en el terreno autonómico. No hay que desechar que sobre determinados temas, la línea de consenso con el PSOE vuelva a reproducirse, ni descartar que la evolución misma de la crisis de dirección política burguesa llevara a UCD a una reformulación de su línea y a la búsqueda de una convergencia más profunda y estable con el partido de Felipe González. Pero en la situación actual, la vía elegida para afrontar esos problemas y contradicciones y para lograr un modelo de dirección política burguesa estable, se orienta hacia la concreción creciente de un marco de pacto con los partidos burgueses mayoritarios de Euskadi y Catalunya, de un lado y a la "neutralización" de Alianza Popular mediante acuerdos parlamentarios, de otro. Pero un pacto con PNV y CiU se verá influido por las contradicciones entre estos partidos y el aparato de Estado heredado de la dictadura, y entre las presiones de masas que ambos (fundamentalmente el PNV) sufren y la resistencia centralista de la propia UCD. Y es evidente también que un pacto con Coalición Democrática arriesga una pérdida mayor aún de base electoral en las nacionalidades y una aceleración de la polarización política y social.

Las tensiones que han surgido ya y seguirán haciéndolo en el seno mismo de la

UCD, pueden reforzar el papel de Coalición Democrática para la burguesía. Si bien hoy día representa a sectores minoritarios del gran capital, se trata de sectores claves. No hay que considerar por tanto el mapa político de la burguesía centralista definitivamente resuelto.

La necesidad y las contradicciones de una estable dirección colegiada por parte de la burguesía van a ser pues un dato permanente en el próximo periodo. La obstinación de PSOE y PCE en colaborar con una u otra fracción de la burguesía, los efectos negativos que esto ha tenido en la actual situación del movimiento obrero y en sus limitaciones para jugar un papel protagonista en la lucha contra la opresión nacional, van a ser obstáculos importantes de cara a que las contradicciones interburguesas pudieran ser aprovechadas por la clase obrera en el camino hacia una salida política radical frente al régimen.

7. LA SITUACIÓN DEL MOVIMIENTO DE MASAS

a) Retroceso y desigualdades en el movimiento

Los trabajadores habían puesto enormes esperanzas en que la caída de la dictadura no sólo comportaría la conquista de plenas libertades democráticas, sino también una mejora sustancial de sus condiciones de vida, puesto que esas libertades permitirían reforzar sus posiciones en la lucha contra la explotación capitalista.

Sin embargo, hoy el movimiento obrero está en retroceso, pasando de una situación de ascenso unitario a otra de resistencia fragmentada y puntual a los ataques más acuciantes del capital y del gobierno. El **paro** constituye hoy el elemento fundamental del debilitamiento de la clase obrera y sus dificultades para oponerse frontalmente a la patronal y para recomponer su propia unidad, introduciendo un fuerte factor de competencia en su seno. Pero los brutales niveles de paro impuestos por la burguesía son consecuencia directa de la política de congestión ante la crisis practicada por las direcciones obreras reformistas, fundamentalmente a partir de los Pactos de la Moncloa.

También en el terreno de las libertades democráticas y derechos sindicales y laborales ha sufrido el movimiento una serie de recortes muy importantes.

La inmensa mayoría de los trabajadores considera que esta situación está muy lejos de las esperanzas que abrigaba. El hecho de que los partidos obreros mayoritarios aparezcan como coprotagonistas y corresponsales de esta situación y la falta de una alternativa que haya demostrado su eficacia en la práctica, ha abierto una crisis de desorientación política y de desmoralización del movimiento y su pérdida de ilusiones en el Régimen actual no se ha traducido en un avance de la combatividad frente a él, sino en desencanto y apatía política. El resultado fundamental es un **descenso de la actividad de masas** respecto al periodo anterior. El resultado final es que se ha abierto una situación de profundas **desigualdades** en el movimiento. De un lado, una situación dominante de resistencia fragmentada, de retroceso, de dificultades para organizar un frente de contención a los ataques del capital; de otro, la aparición de luchas radicales aisladas pero muy duras, protagonizadas a veces por sectores que hasta ese momento apenas se habían movilizado. De un lado un sector mayoritario de la clase obrera que sigue en una situación de desorientación y desmoralización, fundamentalmente bajo

control del PSOE y del PCE; de otros sectores más activos del movimiento, en unos casos dentro de las organizaciones de masas dirigidas por el reformismo e incluso bajo la influencia directa de partidos reformistas, en otros fuera de esas organizaciones, que tienen una voluntad común de resistir, de no resignarse frente a los ataques de la derecha, de actuar, aunque en determinadas ocasiones la vía que encuentran para hacerlo no sea la mejor.

La combinación entre pérdida de credibilidad del régimen y situación de bloqueo político y estratégico del movimiento obrero, entre crisis de las ilusiones en el reformismo y ausencia de un partido obrero revolucionario con una influencia de masas significativa, se refleja también en el desarrollo disperso de una serie de movimientos, como el feminista, el ecologista o el ciudadano, y también del que puede tener más impacto social en el periodo actual, el de la juventud escolarizada.

b) La pequeña burguesía

La situación de retroceso general del movimiento obrero, ha tenido también efectos negativos en la pequeña burguesía. En general, esta se ha desplazado hacia la derecha y, en las nacionalidades, hacia las opciones políticas de la derecha nacionalista. Pero en determinadas zonas del país, ese proyecto se ha concretado también en un acercamiento progresivo hacia opciones de extrema derecha. Por su especificidad y su peso social, la evolución de los pequeños campesinos constituye un punto fundamental en la situación. Junto con los objetivos sociales y económicos propios, el movimiento campesino que comenzó a cobrar fuerza a partir del 73, se encontró permanentemente enfrentado con la estructura verticalista de las Cámaras Agrarias. Todo este movimiento cristalizó en la huelga de febrero de 1977 que movilizó a más de 100.000 campesinos que ocuparon las carreteras con sus tractores. Es a partir de ahí como van a alzarse las Uniones de Agricultores y Ganaderos (UAGAs), como una alternativa democrática organizativa frente a las asociaciones amarillas, hasta formar la COAG cuya influencia ha vuelto a refrendarse en la huelga de diciembre del 79—enero del 80.

En general, la convergencia y coordinación de este movimiento con la clase obrera ha tenido lazos importantes, aun si la clase obrera apenas ha jugado un papel activo en su defensa y en solidaridad con él.

Nuestra opción por la organización y consolidación de las Uniones de Agricultores y Ganaderos, como vía preferente de actuación, implica la participación de nuestros militantes y simpatizantes campesinos en ellas, batallando por la profundización en la lucha antioligárquica y por la alianza obrero—campesina, y potenciando un cooperativismo agrario democrático controlado por los propios cooperativistas.

c) La situación de los sindicatos

El panorama sindical ha sufrido importantes modificaciones en estos tres años. El hecho más importante es que se ha producido una masiva desafiliación, particularmente de CCOO y UGT, y un amplio proceso de abandono del activismo en los sindicatos por parte de sectores de la vanguardia obrera, haciendo decrecer sensiblemente la vida sindical en el interior de las centrales. Las características del actual panorama sindical son pues:

— CCOO y UGT se han consolidado como las dos centrales fundamentales a escala estatal, hegemonizando la influencia en el movimiento y determinando las relaciones de éste con la patronal y las instituciones. Sólo en Euskadi existe una central, ELA—STV, con influencia de masas y capacidad similar en las negociaciones contractuales.

— Los sindicatos minoritarios CSUT y SU han sufrido un proceso de total marginación. USO, tras la pérdida de sus fuerzas hacia UGT y hacia CCOO, se convierte en un sindicato amarillo, a partir del cual y mediante su estructura confederal, la UCD, pretende vertebrar, por inclusión de los diversos sindicatos amarillos, la gran Confederal al servicio de la patronal.

— Han aparecido sindicatos minoritarios radicales, con una sensible influencia particularmente en cuadros de izquierda del movimiento, en lugares como Euskadi (LAB), Galicia (ING), Canarias (SOC) y —en este caso con gran influencia entre los trabajadores del campo andaluz (SOC)—

— se han asentado sindicatos de masas en la enseñanza (UCSTE) y los trabajadores del mar (SLMM), éste último con influencia hegemónica en su sector.

— han aparecido también en una parte de las zonas más afectadas, organizaciones específicas de parados.

— en las empresas se han consolidado Comités y delegados que, aceptados como estructuras de representación por el conjunto de los sindicatos y asumiendo la casi totalidad de derechos y garantías legales, configuran junto a las secciones sindicales de empresa la realidad sindical de ésta.

d) La crisis de estrategia de la izquierda reformista

La agravación de la crisis económica y social, la disposición de la burguesía a asestar golpes más duros a los trabajadores y a los pueblos del Estado español en la política de austeridad, en la restricción de libertades básicas y el reforzamiento del aparato de Estado restan credibilidad a la estrategia reformista.

Si a lo anterior añadimos la experiencia ya vivida por amplias capas de trabajadores, mujeres y jóvenes a lo largo de los últimos años, debemos concluir que en el próximo período van a existir mayores dificultades para que pueda materializarse una política de colaboración de clases capaz de arrancar conquistas parciales a la burguesía. En ese sentido se puede decir que tanto la socialdemocracia como el eurocomunismo van a conocer una profunda crisis de estrategia: esa crisis va a crear contradicciones internas importantes entre, por un lado, la necesidad de aparecer como defensores de los intereses inmediatos de los trabajadores y, por otro, la presión de la burguesía para hacerles dar nuevos pasos a la derecha.

En lo que se refiere al PSOE, el giro derechista manifestado ya claramente a partir de su último Congreso supuso un afianzamiento de la política socialdemócrata de su dirección, dispuesta a ofrecerse como solución de recambio de la crisis de UCD. Sin embargo, pese al avance logrado por la UGT en las elecciones sindicales y a la relativa recuperación de la credibilidad electoral del PSOE tras la moción de censura de Mayo pasado y las últimas elecciones parciales de Andalucía, este partido no ha conseguido el peso suficiente para aparecer como una alternativa autónoma de gobierno. Por esa razón se ve

amenazado por tensiones internas entre los sectores que defienden la participación con fuerzas burguesas en un gobierno no de coalición, marginando al PCE, y aquellos otros que proponen una política de oposición y búsqueda de unidad de izquierda, (no sólo con el PCE), y de los sindicatos. (Tesis defendidas, por ejemplo, por la corriente "Izquierda Socialista").

Junto a este factor esencial de polarización, la cuestión nacional o la crisis económica o la táctica ante la permanencia de partes importantes del aparato de Estado heredado del franquismo son también otros elementos de diferenciación interna. En Catalunya, máxime teniendo en cuenta las particularidades del PSC, es donde quizás más inciden todos estos procesos.

No cabe esperar cambios radicales en la política del PSOE. La presión de la burguesía y la aspiración de la dirección del PSOE a gestionar la crisis económica y social siguen dominando frente a la débil presión hacia la izquierda que puede ejercer una UGT en cuyo seno se refleja todavía limitadamente la aspiración de sectores de trabajadores a organizar la resistencia y forjar una alternativa de izquierdas.

En cuanto al PCE, es este partido sin duda quien sufre más directamente las consecuencias del periodo de transición (del que ha salido con una hegemonía sindical debilitada y con un techo electoral muy por debajo del que necesitaba para mejorar su relación de fuerzas frente al PSOE), debido precisamente a sus lazos distintos con la burguesía (más desconfiada) y con el movimiento obrero (con una influencia importante en la mayoría de cuadros surgidos de la lucha contra el franquismo).

Y, en fin, a la mayor repercusión que tiene en su seno el desarrollo paralelo de la crisis general del reformismo y de la más particular del stalinismo.

La crisis del eurocomunismo se está abriendo así con unas consecuencias todavía imprevisibles. Mientras que la dirección histórica oficial se reafirma en la política desarrollada a lo largo de la transición en su prolongación actual (es decir, una política de concentración democrática dirigida a buscar pactos no solo con el PSOE sino también con UCD, en torno a temas como austeridad, autonomías o "terrorismo" y apoyando en ese camino un gobierno PSOE—UCD)— sectores importantes de CC.OO. y de las organizaciones en las nacionalidades se oponen a uno u otro aspecto de esa orientación, privilegiando una táctica de resistencia o de unidad de la izquierda como condiciones previas para recuperar una posición de fuerza a la hora de aliarse o pactar con una u otra fracción de la burguesía.

Es en el terreno organizativo (¿partido a escala estatal o partido federal? —unificación o no con fuerzas nacionalistas de izquierda, democracia interna y disciplina de fracción en las organizaciones de masas, principalmente en CCOO, renovación o no de la dirección histórica) donde las polémicas van a tener también importancia.

En todo caso, las diferenciaciones en el aparato no hacen más que reflejar un creciente descontento entre amplios sectores de base que han visto el precio pagado por una política desmovilizadora (y que se ha manifestado también en el movimiento ciudadano, enfrentado en muchos casos a Ayuntamientos con mayoría PSOE—PCE.)

En este marco hay que entender los efectos de una situación internacional en la que la política del imperialismo aparece cada vez más represiva y en la que al mismo tiempo se han abierto una crisis sin precedentes en los países del Este y la

URSS con el proceso prerrevolucionario polaco. Los equilibrios "neutralistas" difícilmente pueden contentar a las diferentes alas que en unos casos tratan de romper definitivamente los lazos con la URSS y en otros se ven influenciados por la simplista teoría de los "dos campos".

El reflejo de todos estos debates en el Vº Congreso del PSUC va a crear sin duda un nuevo marco de agravación de las contradicciones del "eurocomunismo".

La crisis de orientación estratégica de PSOE y PCE va a ser pues un dato fundamental del próximo período. Las diferenciaciones internas que en ellos se van a producir van a tener una repercusión importante en el proceso de recomposición del movimiento de masas y van a facilitar las posibilidades de convergencia en la acción entre sectores de esos partidos y la izquierda revolucionaria. La aparición de corrientes contrapuestas va a ser un fenómeno más o menos estable en los próximos años, y la posibilidad de desarrollo de posiciones críticas de izquierda, también.

Pero en la ausencia de otros instrumentos más útiles para la acción, el PSOE y el PCE van a seguir manteniendo su hegemonía sobre el movimiento obrero. Aún si su política no aparece correcta a los ojos de los trabajadores, siguen siendo para estos las principales organizaciones en las que tienden a encuadrarse para defender sus aspiraciones.

e) La izquierda revolucionaria, hoy

El balance del proceso de transición no es favorable tampoco para la izquierda revolucionaria. Sólo las corrientes nacionalistas radicales han podido recoger una parte del descontento sufrido por la política de consenso de la izquierda reformista. La identificación hecha entre fracaso de la política reformista y fracaso de los partidos obreros de ámbito estatal, ha ayudado sin duda a ese crecimiento y ha perjudicado a los partidos revolucionarios estatales.

Pero las razones de fondo son más complejas. Son, en primer lugar y sobre todo, de carácter objetivo. El proceso de transición permitió durante toda una etapa el desarrollo de ilusiones reformistas entre los trabajadores y, después, el hecho de que el "desencanto" se haya producido en el marco de un retroceso del movimiento de masas, no creó condiciones para una radicalización hacia la izquierda de sectores significativos de trabajadores.

A lo anterior hay que añadir que previamente al período de transición ningún partido de la izquierda revolucionaria había ganado el suficiente peso político central como para aparecer como partidos útiles a corto plazo en la lucha política.

Pero también hay razones subjetivas que pueden explicar por qué la izquierda revolucionaria no logró al menos una implantación estable y significativa en la clase trabajadora. Aunque hay errores comunes, pensamos sin embargo que el sectarismo, la incapacidad para aparecer con una política alternativa creíble, junto con la imprevisión de la explosión nacionalista y de las nuevas condiciones de democracia burguesa que implicaban procesos principales de la crisis, que en organizaciones estratégicamente más desarmadas que la LCR han provocado su crisis total (PT), su marginalización (BR) o su crónica indefinición programática.

Esta crisis ha sido especialmente grave en el PT. Agrupando un importante

número de militantes este partido tenía posibilidades objetivas de convertirse en elemento de atracción y organización para la acción de muchos trabajadores de vanguardia. Pero su defensa de una orientación reformista (Constitución, Autonomías...) y el sectarismo traducido en la construcción de organizaciones propias al margen de los sindicatos de masas, le llevaron al fracaso y a la disgregación del propio partido.

f) Desarrollo del nacionalismo radical

La aparición y desarrollo del nacionalismo radical como una corriente con amplia influencia electoral y en la acción de masas, constituye una de las principales fenómenos de la transición. El peso de la ideología nacionalista, la convergencia entre fin de la dictadura y crisis del centralismo, la radicalización que la cuestión nacional había tomado ya frente a éste, son causas que están a la base de este fenómeno. Particularmente en Euskadi —que es donde el nacionalismo revolucionario aparece en primer lugar— la existencia anterior de ETA, su imagen de resistencia dura frente a la dictadura, el mismo carácter de fenómeno social— tanto o más que de organización estructurada— que ETA tuvo siempre, favoreciendo el salto adelante del nacionalismo radical.

Pero estas causas son insuficientes para explicarlo. Es en la crisis de relaciones entre movimiento obrero y partidos reformistas, es en el papel chovinista jugado por el PSOE y el PCE, es en los efectos de pérdida de unidad y protagonismo social de la clase obrera provocada por esa política, donde se ha encontrado la capitalización por el nacionalismo revolucionario de un amplio proceso de radicalización de masas —acentuado por la represión— que ha desbordado en las nacionalidades la política reformista y ha aparecido como una oposición radical al proceso de Reforma: no podemos olvidar que, por ejemplo en Euskadi, el PSOE ha pasado de primera a tercera fuerza electoral. La actitud diferente del PSC y PSUC respecto a la cuestión nacional, ha permitido que en Catalunya este fenómeno sólo se expresa muy parcialmente a través de organizaciones nacionalistas revolucionarias.

El papel jugado por estas corrientes durante el periodo de transición ha sido fundamentalmente positivo. Han creado un muro de contención frente a los proyectos de la Reforma y han animado la resistencia del movimiento contra la represión y las medidas antidemocráticas del gobierno, así como —aunque en menor medida— contra la política de austeridad capitalista.

Sobre todo en la fase final de la transición, el desarrollo de esta corriente ha tomado dos caminos contrapuestos. Un sector de ella (Euskadiko Ezkerra, algunos sectores en Canarias...) ha dado a su política un giro hacia el apoyo a las vías marcadas por los Estatutos, hacia el gradualismo y hacia el creciente abandono de la oposición y la movilización frente al Régimen; y cada vez más, ello se une, sin abandonar sus coordenadas nacionalistas, a un giro hacia el reformismo en la respuesta a la crisis económica, abriendo las puertas a una posible participación en la política de coestión de la misma. Otro sector (cuyo exponente más genuino es Herri Batasuna, pero también BNPG, etc) sigue firme en una línea de enfrentamiento radical al Régimen como única vía efectiva para alcanzar la soberanía de las nacionalidades y mantiene una oposición total frente a la política de austeridad capitalista; pero el sectarismo, la negativa a utilizar los

marcos parlamentarios, el aislamiento de los sectores mayoritarios del movimiento que siguen a las direcciones burguesas nacionalistas o a la izquierda reformista, de un lado y, de otro, el aventurerismo en muchas de las iniciativas de masas que promueven, corren el riesgo de frustrar el potencial revolucionario de esta corriente y aislarla progresivamente.

Ni unos ni otros son procesos acabados o irreversibles. **El nacionalismo revolucionario sigue siendo un fenómeno social en remodelación.** Su papel va a seguir siendo fundamental en el próximo periodo. Y en él se encuentra un potencial imprescindible para organizar la resistencia frente a la derecha, el centralismo y la patronal en el próximo periodo.

Perspectivas

8. La principal contradicción de la actual situación está entre la existencia de un malestar social creciente y la debilidad del movimiento de masas para ofrecer al mismo una salida política frente al Régimen y la crisis económica.

Esta contradicción operando en una situación de tensión social producto de la ofensiva burguesa y sus agresiones, está encontrando ya una respuesta contradictoria en el movimiento de masas: por un lado la mayor parte de este movimiento no se siente con fuerzas para hacer frente al deterioro creciente de la situación, por otro algunos sectores del movimiento presentaban batallas duras y radicales.

Por parte del gran capital vamos a asistir a alternativas y ensayos diferentes para avanzar hacia la solución de su crisis de dirección política (remodelaciones gubernamentales, de alianzas, e incluso posibles elecciones anticipadas). Pero esta tarea va a ir unida a ataques más duros que los habidos hasta ahora contra los trabajadores y contra las libertades, a intentos de aislar y reprimir los focos de resistencia, a la escalada fascista, pudiendo llegar a medidas más represivas todavía en lugares como Euskadi (para lo cual utilizará como pretexto la equivocada actividad armada de ETA).

La crisis de estrategia de los partidos obreros reformistas se mantendrá como un dato de la situación, vamos a seguir asistiendo a la desafiliación de militantes de estos partidos, a su pérdida de capacidad organizativa y al surgimiento de diferenciaciones internas que abarcará incluso a sectores de su aparato. Sin

embargo, dada la propia situación política y la falta de una alternativa creíble a su izquierda, no es probable que surjan en su seno corrientes de izquierda organizadas que evolucionen espontáneamente hacia el marxismo revolucionario. Al mismo tiempo, como producto de la vanguardia del movimiento, han aparecido ya junto a la desafiliación, sectores de militantes de los partidos obreros reformistas que participan en las luchas e impulsan iniciativas al margen del control de las direcciones y aparatos reformistas a partir de las organizaciones de masas.

La situación de desigualdades entre unos y otros sectores del movimiento, entre la fracción más activa de la vanguardia y la mayoría influenciada por el reformismo, tampoco se va a modificar rápidamente, ni es previsible una recomposición común y unitaria del movimiento obrero.

En este contexto vamos a asistir pues, a una prolongación de la crisis de dirección de las dos clases fundamentales de la sociedad. Ni la burguesía, ni el movimiento obrero tienen a corto plazo relación de fuerzas suficiente para imponer una salida propia a la situación que derrote a la otra. Pero amplios sectores de masas piensan y llevan razón, que si la actual situación se mantiene mucho tiempo, si no hay un giro en ella, la situación se degradará cada vez más en contra de los trabajadores y las alternativas más reaccionarias de la derecha tendrán un espacio mayor.

Y es dentro de este marco que no pueden descartarse en modo alguno involuciones represivas puntuales (estados de excepción,...) y profundización en la vía de imponer recortes importantes a las libertades conquistadas (ilegalizaciones de determinados partidos, cierres de algún diario o revista,...)

Es difícil prever los ritmos y las formas que puede ir adquiriendo la recomposición del movimiento de masas en el futuro. Si bien hoy son esencialmente los marcos nacionales y regionales los que crean esperanzas en arrancar conquistas parciales, éstos por si solos no pueden asegurar una convergencia a escala de Estado. Se deberán combinar con las respuestas de los trabajadores a los ataques patronales y del gobierno, en particular en la lucha contra el paro; con las movilizaciones contra la escalada fascista, contra la represión, contra las agresiones a la juventud y a las mujeres, etc. Caso de producirse, la convocatoria de elecciones antes del 83 podría, en este sentido, convertirse en una ocasión de confrontación política global contra la derecha.

En todo caso, sin la recomposición progresiva y unitaria del movimiento obrero va a ser difícil que los avances que puedan lograrse en la próxima etapa (e incluso las explosiones de masas que se den) favorezcan un cambio sustancial de la relación de fuerzas, y por consiguiente, el paso de la resistencia a una contraofensiva generalizada.

Por eso, la tarea central que debe presidir toda la actividad de los revolucionarios en el próximo periodo es lograr que el sector más activo del movimiento logre arrastrar a la acción al conjunto de la clase obrera, o al menos a sectores crecientes de ella. Esta es la mejor garantía para crear condiciones de un ascenso de la actividad de masas y para cortar el paso a las alternativas más reaccionarias de la derecha.